



## ECOS DE LA PALABRA

Por Javier Castillo, sj

Volver a ver

Reflexiones sobre el Evangelio de Juan 9, 1-41 (4º Domingo de Cuaresma del Ciclo A – 22 de marzo de 2020)



A la consulta del Dr. Buenavista, afamado oftalmólogo de la ciudad, suelen remitir los pacientes con los casos más complicados en la región. En una reciente entrevista, concedida a uno de los medios de comunicación con mayor audiencia en el país, señalaba las dos patologías más graves que había atendido a lo largo de su ya curtida carrera:

**Lo que no pueden ver...** Son los pacientes a los que el entorno social les impide ver por la falta de oportunidades. Más que enfermos, son víctimas de un sistema que excluye y niega oportunidades. Afirma Buenavista que en este grupo de pacientes hay cientos de jóvenes que no tienen acceso a la educación o que, por la falta de recursos de sus familias, tienen que abandonar prematuramente la escuela; cientos de mayores que, aunque se han desgastado durante años sirviendo a la sociedad, las tendencias economicistas los desechan porque los consideran inútiles para las cadenas productivas; miles de inmigrantes que abandonan su terruño para poder ver pero en su viaje se encuentran con vallas cerradas que se lo impiden. En esta patología también hay muchos pacientes que querrían ver, pero, desafortunadamente, la feria de las vanidades, a la que los somete la globalización de la indiferencia y de la superficialidad, es una barrera muchas veces inexpugnable que los lleva a estar distraídos de lo esencial. La lista es larga y su curación está en nuestras manos dice Buenavista.

**Los que no quieren ver...** Una patología complicada, dice el experto oftalmólogo, pues la causa no está en el nervio óptico sino en el corazón. Es la ceguera producida por la falta de sensibilidad que encierra a quien la sufre en sus propios sueños y proyectos sacando de la órbita de su mirada a los demás, a la creación e incluso a Dios. Es la ceguera de la arrogancia, del egoísmo o, en palabras de Francisco, de la *autorreferencialidad* llevada a su máxima expresión. Ven, pero no observan y pasan de largo por aquellas personas y situaciones que han decidido que no quieren ver.

Al terminar la entrevista, con una sonrisa socarrona, le dice Buenavista al periodista y por su medio a nosotros: ¿creéis que os vendría bien que examinara vuestros ojos? Algunos nos sometimos al examen y, con el diagnóstico de nuestras cegueras, acudimos al único que nos puede hacer ver de nuevo.

## El tratamiento de Jesús

***Un unguento de saliva y tierra...*** Extraño método dirían los escépticos, ¡un unguento para curar una enfermedad tan grave! ¿Cuál es la clave para que esta sencilla receta funcione? En primer lugar, por el fácil acceso a sus ingredientes, ninguna persona que **quiera y acepte confiadamente** el tratamiento queda excluida de su poder sanador. La medicina de Jesús no conoce de razas, clases sociales, orientaciones sexuales, creencias, filiaciones políticas, etc. es un don generoso y gratuito que se ofrece y se entrega a todos. En segundo lugar, por la **cercanía**, por la **proximidad**. Jesús no actúa desde la distancia, Él rompe las barreras que separan a unos de otros, toma la iniciativa, observa con ternura, compasión y misericordia y se acerca al que sufre para tocarlo y, con la fuerza del amor, quitar las vendas que le impiden ver.

***El colirio de la fe...*** La segunda parte del tratamiento que ofrece Jesús abre horizontes insospechados de amor, justicia, verdad, perdón, en últimas, de vida plena. El nos abre los ojos a la fe que es la que nos lanza a confiar plenamente en el Señor que anima y dirige la vida y la historia y que nos invita a comprometernos totalmente con una causa que va más allá de los éxitos políticos, económicos o culturales: la causa de la vida buena para todas y todos sin excepción. Este colirio, que se acepta libremente, tiene una fuerza transformadora capaz de dotar de sentido todo lo que somos y hacemos y nos permite ver con una perspectiva diferente la vida. La nueva mirada, lejos de huir o de no querer ver, se detiene, observa con misericordia y se hace cargo de esa realidad que, por desgracia, para muchos sigue siendo invisible.

Ha terminado la consulta con Jesús. Ahora es el momento de cruzar la calle y, junto a esa mujer de Samaría sentada en la terraza, enjugar los ojos y beber un buen vaso de esa agua viva que sana, limpia y envía. Ahora puedo ver y me sumo a la lista de los que quieren ayudar a otros a ver.

Dame de beber... Señor, ¡que vea! La vida nueva está cerca.